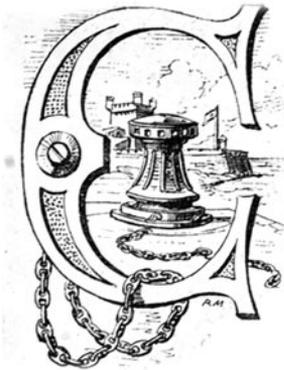


LOS DILEMAS ESTRATÉGICOS DE CHINA

Josep BAQUÉS QUESADA
Grupo de Estudios de Seguridad Internacional (GESI)
Profesor de la Universidad de Barcelona



CUANDO hablamos de China, solemos mencionar sus virtudes, sus éxitos, su proyección internacional, su empuje económico o su resurgimiento militar. En efecto, el «Imperio del Centro» está resurgiendo, cual ave Fénix, tras varios siglos de ostracismo.

Sin embargo, no es oro todo lo que reluce. El ascenso chino hacia posiciones de hegemonía regional, y quizás mundial, debe lidiar con no pocos problemas geopolíticos. Una vez más, la principal variable explicativa está en la geografía. ¿Qué es China? ¿Qué lugar ocupa en el tablero geopolítico? La respuesta no es tan evidente como en el caso de otras grandes potencias.

La geopolítica China: *¿quo vadis?* No... mejor comenzar por *¿ubi sunt?*

Muchas veces nos preguntamos hacia dónde se dirige una sociedad, o un Estado. Pero eso es engañoso cuando se trata de la primera pregunta, que más bien debe tratar acerca de la posición que cada actor ocupa en el tablero mundial. En otro caso, no estaremos hablando de geopolítica, sino de otras cosas (ciencia política, derecho internacional, economía...), que son tan necesarias como... ulteriores.

Podríamos comenzar de un modo u otro (es decir, partiendo de una u otra teoría, una vez asegurado el anclaje geopolítico común). Pero en una revista de la Armada, conviene seguir el mejor guión posible a la hora de plantear la hipótesis inicial: ¿acaso China es una potencia marítima?

¿Existen indicios de ello? Haberlos, haylos. No en vano, siete de los diez puertos más importantes del mundo (1) son chinos, mientras que Rusia no

(1) Medidos, como es usual en estos casos, en función del volumen de TEUs.

tiene ninguno entre los 50 principales, cuando el primero de Europa (Róterdam) aparece en el puesto 11.º, y en gran medida está ahí por ser una de las terminales primordiales de las exportaciones chinas al Viejo Continente y atendiendo a que el primero de los Estados Unidos (Long Beach) solamente aparece en el puesto decimoséptimo.

Asimismo, la flota mercante china ha igualado a la japonesa como la más importante en tonelaje bruto (si descontamos las banderas de conveniencia como Panamá o Liberia, claro está); las capturas pesqueras chinas ya ocupan el primer lugar del *ranking* mundial, y sus navieras crecen en importancia, a la par que lo hace su control sobre puertos de todo el mundo mediante sociedades interpuestas... incluyendo algunos de los nuestros. Podríamos añadir la red (*in crescendo*) de puertos integrados en el Collar de Perlas, o la existencia de bases aeronavales en las cercanías de *chokepoints* (Yibuti).

Por lo demás, de su Marina de Guerra ya he hablado en otros momentos, de modo que no insistiré en ello en este artículo. Pero baste recordar el impulso que está dando a su flota oceánica, con portaviones de gran capacidad, anfibios «pesados» (LHD, LPD), abundantes buques de combate de superficie de hasta 12.000 TPC y una flota submarina que incluye buques dotados de propulsión y hasta de misiles nucleares. La sombra de Mahan parece proyectarse sobre China, casi como si en Pekín lo emplearan a modo de manual de instrucciones (y no lo digo solamente en lo que concierne a la pata naval militar de la expansión china).

Pero, ¿es eso suficiente para que China sea considerada una potencia marítima? Aparentemente sí. Todo encaja. Aunque antes de establecer un veredicto definitivo, conviene atender a otras razones, siempre dentro de los marcos mentales de la geopolítica. No en vano, ¿puede ser considerada una potencia continental? O, al menos, ¿puede ser considerada, *asimismo*, una potencia continental? No es una cuestión baladí. Primeramente porque China tiene más de 22.000 km de fronteras terrestres. En segundo término porque esas fronteras lindan con nada menos que 14 Estados. En tercer lugar porque entre ellos están algunas de las otras grandes potencias del planeta, como Rusia e India, así como otras de gran relevancia geopolítica, aunque estén lejos de ese estatus, como Kazajistán y Corea del Norte.

Asimismo, algunas de las principales arterias de la Ruta de la Seda discurren tierra adentro, en dirección a Asia Central y, desde ahí, por ferrocarril o carretera, hacia Europa. El Plan Oeste (o Plan 2000) implicó la construcción de varios miles de kilómetros de raíles y asfalto (Soto, 2005: 127). Además, China controla los «puertos secos» más importantes de la Tierra (aunque alguno se halle, técnicamente, en suelo kazajo, muy cerca de la frontera común). Por no recordar las pretensiones chinas sobre suelo siberiano, de largo recorrido y de posibles consecuencias futuras en su relación con Rusia, y no para bien.

De esta manera, el modelo de Mackinder adquiere vida propia en China un siglo después de que el británico lo estableciera como la mejor opción para

Rusia. Aunque, en el fondo, él enfatizaba el rol histórico de Mongolia, tanto en la forja del carácter como en el itinerario a seguir para proyectar poder (Mackinder, 1904: 428-431). Tanto como el papel de Siberia en la ecuación. En ese sentido, no podemos obviar que el influjo mongol está tan presente en China como en Rusia, no menos que la proximidad del núcleo siberiano.

Como el lector supone, no planteo este dilema sin motivo. Mahan ya advierte que difícilmente puede ser considerada como una potencia marítima la que sufre el tipo de servidumbres citadas en los párrafos anteriores (Mahan, 2007: 97-98). En la segunda parte de este análisis, comprobaremos lo problemático que esto puede llegar a ser, aunque también tenga alguna ventaja (cuando las potencias marítimas bloquean los *chokepoints*). Probablemente, la explicación requiera una teoría que, de alguna manera, ya nazca amparada por un espíritu, digamos, «anfíbio».

Así las cosas, ¿no será China el mejor ejemplo posible de potencia del Rimland? Ese concepto, tan de Spykman, parece adaptarse mejor a la explicación de la forma de ser y de hacer de China en la medida en que alude a Estados litorales, que pueden servirse del mar como barrera defensiva frente a las aspiraciones de terceros (de las potencias auténticamente marítimas) y que gozan de la posibilidad de proyectar poder tierras adentro, aunque también deben estar pendientes de la presión que las potencias auténticamente continentales puedan ejercer «desde dentro hacia afuera» (Nicholl y Spykman, 1944).

Se trata de un argumento que responde bien a la sensación china de estar rodeada por mar por los Estados Unidos y por tierra por Rusia, y que sería parte de la justificación (o, al menos, de la explicación) de sus derivadas militares en el último medio siglo (2). No en vano, la principal crítica que plantea Spykman a Mackinder es la que lamenta la excesiva linealidad de las tesis del segundo, que tendía a ver la historia como si tras el telón siempre hubiera un conflicto (activo o latente, en función de las circunstancias) entre potencias marítimas y potencias continentes.

En realidad, en muchas ocasiones esas potencias marítimas y continentales «puras» se han aliado para evitar que una potencia del Rimland se hiciera con el control de la situación. Este sería el caso de las Guerras Napoleónicas, con el Reino Unido aliado de la Rusia de los zares para derrotar a Francia; como también lo sería la Primera Guerra Mundial, con la alianza británico-estadou-

(2) Recordemos que, tras la ruptura entre Mao y Jrushchov, las armas nucleares chinas apuntan a la URSS, mientras que la creación de la OCS bien puede ser vista como un intento de alcanzar cierta distensión con la nueva Rusia de los años 90 del siglo XX, habida cuenta de que tampoco ha servido para mucho más. Lo que concierne a la sensación china de «estar estratégicamente asediada» por la US Navy, no requiere mayor aclaración, por evidente, aunque dejaré un argumento de autoridad, para refrendarlo (v. gr. (Guangqian y Youzhi, 2005: 233-234).

nidense con Moscú para derrotar a una Alemania guillermina, que se apoyaba en el Imperio austrohúngaro y en el otomano (ambos con salidas al Mediterráneo); e incluso la Segunda Guerra Mundial, con los Estados Unidos y el propio Reino Unido aliados con Rusia (esta vez, la de los bolcheviques... ¡qué más da eso en clave geopolítica!) para evitar el auge del Eje italo-alemán que, a finales de 1941, estaba planteando el órdago principal en el Mediterráneo, desde el estrecho de Gibraltar a Egipto pasando por Malta.

Entonces, ¿podría repetirse la historia? ¿Podría darse el caso de que, algún día, a no mucho tardar, las potencias marítimas y las continentales, lideradas por los Estados Unidos y Rusia (ahora la de Putin intermedia pero no equidistante entre el zarismo y el bolchevismo) se aliaran para obstaculizar el ascenso de esa potencia del Rimland, llamada China? *Peut être.*

De este modo, China se alejaría de las lógicas meramente talasocráticas o telurocráticas con más facilidad que cualquier otra potencia. Lo haría casi por inercia (en lenguaje científico, eso debe traducirse como que lo haría «por influencia del sistema»), debido no solamente a su ubicación geográfica, sino también a la relación con sus vecinos y a las servidumbres que ello genera en su política exterior. Todo lo cual abre la puerta a la siguiente parte de este artículo.

Ahora sí... ¿*quo vadis*, China?

China avanza en todos los aspectos... por donde puede o por donde la dejan. A nivel económico es ya la primera potencia mundial en PIB por paridad en poder adquisitivo y la segunda en PIB nominal. Su capacidad para financiar a terceros, derivada entre otras cosas de un buen control de su deuda pública, la está convirtiendo es una alternativa cada vez más sólida al FMI y al BM, especialmente para los Estados en vías de desarrollo.

Todo ello es estimulado por su penetración (comercial, pero también a través de inversiones directas en obras e infraestructura) cada vez más palpable en todos los continentes, incluyendo a las «lejanas» tierras de África (penetrando desde Angola, desde Argelia y Marruecos, y desde Yibuti y Etiopía, con el objetivo de que esa «T invertida» permita a Pekín dominar el creciente mercado interior africano en las próximas décadas) y Latinoamérica (penetrando desde Perú, y desde los Estados del MERCOSUR, aunque en realidad está presente en casi todos los del hemisferio sur americano).

Militarmente, su poder se acrecienta al ritmo al que lo hacen sus presupuestos de defensa, consolidados desde hace años como los segundos del mundo, recortando distancias con el primer clasificado y aumentándolas en relación con el resto. El viejo tópico de contar con las que quizá sean las FF. AA. más numerosas del mundo ya convive con una nueva realidad en la que China ha accedido o está accediendo a las nuevas tecnologías: drones, satélites (por cierto, con muy buena capacidad ASAT), inteligencia artificial,



El *Lanzhou* (DDG-170) destructor Tipo 052C. (Foto: www.wikipedia.org)

guerra electrónica, ciberespacio... dejando a China como una de las potencias mejor posicionadas para explotar un escenario multidominio.

Pero, siendo así, y retomando nuestro interés inicial por conocer los dilemas geopolíticos de China, llega el momento de preguntarnos qué cosas preocupan y ocupan a los regentes pekineses, en la medida en que pueden constituir obstáculos importantes a la hora de dificultar (o de impedir) que esos planes lleguen a buen puerto.

Como argumento subyacente a todo lo que comentaremos en adelante, hay que tener en cuenta dos cuestiones fundamentales. A saber, en primer lugar, que siendo China un país rico —en los términos vistos—, carece de recursos naturales propios en cantidad suficiente para dar satisfacción a las exigencias de 1.400 millones de consumidores, de los cuales más de 500 millones pueden ser considerados de clase media. Por no hablar de su pujante industria, todavía en plena transición energética del carbón a los hidrocarburos. Y en segundo lugar, que más del 80 por 100 del comercio mundial se desarrolla por mar, debido a que es el medio más seguro y barato para realizar esas transacciones. Las demás alternativas o son de acceso más difícil o son más caras.

La presión de los Estados Unidos... y sus aliados

El principal dilema, a fuer de ser el más conocido, es el que los propios chinos definen como el «dilema de Malaca». Por ese *chokepoint* discurre la mayor parte de sus importaciones de hidrocarburos, que proceden de Arabia,

Angola, Sudán e Irán. Si se rompiera ese cordón umbilical, o si trabajara a menor rendimiento, la economía china se desplomaría. Y con ello caería el régimen (3).

En ese contexto, la presencia de bases aeronavales de los Estados Unidos en Singapur, Filipinas y Japón (destacando la de Okinawa) constituye uno de los principales quebraderos de cabeza para China. Constituyendo una especie de segundo escalón, también preocupa la capacidad para proyectar poder desde Diego García, la alianza con Corea del Sur, la posibilidad de que Washington se sirva de Taiwán o el papel a desempeñar por Australia.

Hay que tener en cuenta que no todos los países vecinos han aceptado formar parte del Collar de Perlas. Las disputas por las ZEE de los mares de China la están enfrentando con varios Estados vecinos. Pensemos, por ejemplo, en Vietnam, tan temeroso del gigante asiático que, lejos de optar por el *bandwagoning* pro chino, parece satisfecho sintiéndose parte de un equilibrio de poder liderado por Washington (4) y planteado contra Pekín.

La mirada hacia Asia de los Estados Unidos viene acompañada por la tendencia de la OTAN a prescindir de una vez por todas del añejo concepto de «área», e incluso de abrir la puerta al ingreso en la Alianza de Estados no europeos (Petersen, 2021) (5). De manera que todo ello contribuye a la ansiedad china.

Si se tratara de una potencia auténticamente marítima, China no tendría ese problema por definición, porque para ser una potencia de tal tipo se requiere tener salidas a varios mares (no convence, en ese sentido, lo apelación a «los mares» de China), de manera que exista alguna alternativa naval, no tan fácil de bloquear (Mahan, 2007). Pero no es el caso.

Más allá de lo que suceda con el estrecho de Malaca, es evidente que en caso de conflicto militar a gran escala peligraría en su conjunto toda la Ruta de la Seda, así como la parte marítima de la OBOR (*One Belt, One Road*). Eso no solo afecta a sus importaciones, sino también a sus exportaciones de productos manufacturados, que son las que le permiten mantener una adecuada balanza de pagos.

Una solución, con no pocos matices (6), pasa por rentabilizar el deshielo del Ártico, prescindiendo de pasar por el estrecho de Malaca para exportar

(3) Dada la conocida regla de oro de la ciencia política según la cual, las grandes crisis económicas suelen provocar caídas de gobiernos en los sistemas democráticos, y caídas de regímenes en los autoritarios.

(4) En el marco de la lógica propia del *off-shore balancing*, preconizado por Mearsheimer (Mearsheimer, 2001).

(5) En este texto, este relator del NCE de la OTAN advierte de modo expreso acerca de la obsolescencia del a-10 del Tratado, que limita las futuras adhesiones a Estados europeos.

(6) El estrecho de Bearing será el nuevo *choke-point* que puede caer bajo el control de las fuerzas aeronavales de los Estados Unidos.

contenedores y, al menos en parte, para importar crudo (pues en el Ártico se hallan nuevas reservas que podrían llegar por la misma ruta siguiendo el sentido de las agujas del reloj), aunque para cuando eso sea una realidad, nuestros automóviles estarán dejando de quemar hidrocarburos. Eso no significa que la industria del petróleo vaya a desaparecer en dos décadas, pero sí nos recuerda que los Estados deben pensar en el mañana... sin olvidarse de lo que sucede hoy. En definitiva, la del Ártico todavía no es una solución aplicable.

Este primer dilema se ha resuelto, de momento, incrementando significativamente la importación de crudo procedente de Rusia y de Kazajistán a través de oleoductos y gasoductos. Sobre todo, a partir del ramal que conduce el oro negro a través del ESPO (Eastern Siberia-Pacific Ocean) hasta la costa norte china. Eso ha provocado que ya en el año 2018 su principal proveedor de crudo fuese Rusia, superando por poco a Arabia (7).

Sin embargo, no podemos obviar que la suma de las provisiones de crudo que discurren por el estrecho de Malaca sigue siendo, aproximadamente, dos tercios del total de lo que requiere la pujante economía china.

La incógnita rusa

Cabe recordar que ambos países mantienen alianzas estratégicas de perfil medio: tanto en la OCS como en el seno de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica). Sin embargo, eso no empuja los (crecientes) celos que Rusia mantiene en relación con China. Tienen lógica, por diversos motivos. Los económicos no son menores, pues en el intercambio mutuo la balanza comercial rusa se está resintiendo mucho (8). Las disputas territoriales sobre suelo siberiano y la presión demográfica ejercida en ese territorio acrecientan el problema, ya que en ese inmenso espacio están buena parte de los recursos naturales (incluyendo agua potable) de los que depende la economía rusa.

Esa encrucijada no ha pasado inadvertida para los principales ideólogos rusos. Duguin viene sugiriendo una adaptación de la lógica spykmaniana para mejor comprender la situación china: quien controla China controla el Rimland; quien controla el Rimland controla el Heartland, y quien controla el Heartland controla el mundo. Pero añade que China ya es lo suficientemente poderosa para tomar la iniciativa. Cosa que, por cierto y a su pesar, no sucede con la propia Rusia, encapsulada en ese Heartland. Dicho con otras palabras: China estaría en condiciones de «controlarse a sí misma» (evitando injerencias extranjeras) para de ese modo controlar el resto del Rimland, para a

(7) <https://www.eleconomista.com.mx/mercados/Rusia-lidera-los-envios-de-petroleo-a-China-20190127-0059.html>.

(8) <https://datosmacro.expansion.com/paises/comparar/rusia/china?sc=XE87>.

partir de ahí, hacer lo propio con el Heartland, y como colofón, controlar el mundo. Entonces, Duguin llega a afirmar que «China puede ser considerada como una aliada táctica para Rusia» (9), pero que a la larga «una relación excesivamente estrecha con China podría ser peligrosa para nosotros» (Duguin, 2016: 71).

Es decir, como vengo insistiendo desde tiempo atrás (por ejemplo, Baqués, 2018a), no hay que dar por descontada la amistad sino-rusa cuando ni siquiera lo hacen sus protagonistas. Pero el problema que tendría China no lo sería con Rusia como tal —ya que se trata de un rival a todas luces menor al que podría chantajear con facilidad—, sino que lo tendría con la eventualidad de que Rusia decidiera apoyar el bloqueo en potencia al que los Estados Unidos ya están sometiendo a China. Si el Gobierno de Pekín diera un paso en falso en Siberia, o en Kazajistán, Rusia podría cerrar la ruta del Ártico (con la complicidad de Washington) y el grifo del ESPO (con la de Alemania y Turquía, que garantizarían la venta de hidrocarburos rusos a Europa a través del Nord Stream y del Turk Stream, respectivamente).

La lógica profunda de este escenario deriva de la aplicación de las conocidas tesis de Stephen Walt (1987) relativas al equilibrio de amenazas, que no deja de ser un refinamiento de la vieja tesis de Kenneth Waltz (1979) sobre el equilibrio de poder. En este caso, dándose algunas condiciones, ambas lógicas pueden confluir en la misma dirección (cosa que no siempre ocurre). *Si* se confirma el auge chino, *si* también lo hace su creciente disposición hacia la hegemonía regional e incluso mundial, podría (debería, según ambos autores) generarse una alianza antichina, de la que formarían parte las demás potencias. En el caso de Rusia, eso se vería impulsado *si* (y solo *si*) el Kremlin asume que la principal amenaza para su supervivencia y su soberanía es China, y no los Estados Unidos. Claro que eso debería ir de la mano de cierta generosidad occidental para con Rusia, tal como he comentado en otro lugar (Baqués, 2021).

La animadversión india

Las relaciones entre China e India son poco amistosas pese a las membresías compartidas en la OCS y los BRICS. Las causas de ello son varias y variadas. Para empezar, los conflictos fronterizos mal resueltos tanto en Cachemira (Jammu y Ladakh) que son de soberanía india, así como en el territorio de Aksai Chin, esta vez perteneciente a China. Algo similar sucede en Doklam, ubicado en el valle de Chumbi, en la frontera con Bután. Así como con la reivindicación china del Estado de Arunachal Pradesh, que los

(9) En la medida en que sea más fuerte el resquemor mutuo contra Occidente.

chinos denominan Tíbet del Sur para de ese modo soliviantar más a las autoridades indias.

La insistencia de Pekín es vista por India como una tentativa de debilitar su área de influencia en la región (Bután es, de hecho, un protectorado de India desde 1949), mientras que la posibilidad de que Pekín logre establecer corredores en la zona del Himalaya despierta recelos por lo que tenga que ver con el apoyo a Pakistán, a la sazón el principal aliado chino en la zona y el primer enemigo del Gobierno de Nueva Delhi.

Estas tensiones se han visto refrendadas por acusaciones mutuas entre ambos gigantes demográficos. Tienen que ver con el presunto (probable) aliento a movimientos subversivos, que operarían como caballos de Troya. India se queja de que China seguiría dando cobertura al movimiento naxalita, de corte maoísta, que es actualmente su principal problema de seguridad, según reconocen las autoridades indias (10), incluso por delante del terrorismo yihadista. Lo cierto es que las autoridades chinas no han dudado en celebrar la existencia de ese movimiento desde sus orígenes (Pandita, 2011: 22-23) e informaciones recientes advierten de que la política china al respecto no se ha alterado (Singh, 2010), sino que ha ido a más mediante el suministro de armas (Anoop, 2011).

La queja china se refiere a que India estaría incentivando el movimiento independentista baluchi en Pakistán, rumores alimentados por el hecho de que algunos de los proyectos energéticos más importantes para India deberían discurrir por esas tierras (Setas, 2012: 22). Es el caso del gasoducto IPI (Irán-Pakistán-India) y del TAPI (Turkmenistán-Afganistán-Pakistán-India). La enemistad con Pakistán sugiere que India estaría fomentando la creación de un Estado baluchi independiente que, indirectamente, debilitaría la capacidad de chantaje del Gobierno de Pekín sobre el de Nueva Delhi (11).

Por si todo ello fuese poco, India es uno de los pocos Estados de la región que ha explicitado su animadversión hacia el proyecto OBOR de Nueva Ruta de la Seda. Porque si China plantea problemas en todo el arco exterior terrestre indio, desde Pakistán hasta Bután, la consolidación de la hegemonía china en el océano Índico dejaría a India virtualmente a merced de China. Por consiguiente, India se está acercando a los Estados Unidos, así como a otros Estados de Asia y de Oceanía que, como Australia y Japón, apuestan por contener a China en el marco del Diálogo de Seguridad Cuadrilateral.

La proactividad china en el Índico es un hecho, forjando acuerdos con diversos Estados, ya sea para la instalación de equipos de obtención de inteli-

(10) Ha causado varios miles de muertos, sobre todo por acumulación de atentados terroristas, desde su aparición a principios de los años 60.

(11) Tampoco podemos obviar que India acoge el gobierno tibetano en el exilio, así como a más de 100.000 ciudadanos de esa región china.

gencia, para lograr facilidades de empleo de puertos (también con fines militares) o incluso con el argumento de potenciar las actividades SAR (lo que implica la aplicación de medios de vigilancia y reconocimiento marítimo). De ese modo, estaría forjándose una suerte de Collar de Diamantes como réplica del Collar de Perlas chino, ya que su principal razón de ser estaría en contrarrestar las iniciativas chinas.

La lista de Estados implicados sería larga. De manera que, para enfatizar más su importancia, podemos repasarla de oeste a este: Madagascar y Seychelles (estaciones de radar y EW), Catar y Omán (uso de la base aeronaval de Duqm), Irán (empleo del puerto de Chabahar, muy cerca del paquistaní de Gwadar, bajo control chino), Tailandia e Indonesia (patrulla marítima, además de facilidades en el puerto de Sabang) y Vietnam (facilidades portuarias en Cam Rahn y en Nha Trang).

Para terminar este epígrafe, baste recordar que esta rivalidad va muy en serio. Tras los últimos incidentes en Doklum en 2018, medios de comunicación públicos chinos (con lo que ello implica en ese país) llegaron a amenazar a India con una guerra como la de 1962, con la diferencia de que India sufriría pérdidas mucho mayores. El Gobierno de Nueva Delhi, por su parte, trató de enviar al golfo de Bengala su SSBN *Arihant*, aunque al parecer no pudo hacerlo debido a sus recurrentes averías, lo que no ha impedido que algunos analistas pongan el acento en las intencionalidades, delatadoras del recrudecimiento de las hostilidades (Thomas-Noone, 2018).

La rivalidad crónica con Japón

Los Estados Unidos, Rusia e India son grandes potencias en función de criterios de todo tipo. Japón les anda a la zaga, pero no tanto. Sigue siendo la tercera economía del mundo, su población apenas es algo menor que la rusa (con más de 125 millones de habitantes) y su presupuesto de defensa lleva décadas en el *top-ten* mundial, muy cerca del gasto de países como el Reino Unido o Francia y algo por debajo del de Rusia e India.

Las rencillas sino-niponas son antiguas, pero se vieron agravadas por la invasión japonesa acaecida en los años 30 del siglo xx. Tras la Segunda Guerra Mundial, se inició una suerte de «guerra fría regional» entre ambos países que, a partir del fin de la Guerra Fría global, ha asumido otro cariz: la tentativa de Pekín de incrementar su presencia en los mares de China, a costa de sus vecinos, mediante el empleo de estrategias híbridas (en este caso, en zona gris).

Son conocidos los episodios que afectan de modo directo a Japón, desde el paradigmático conflicto de las islas Senkaku hasta el establecimiento de una zona de identificación aérea (ADIZ) más allá del espacio aéreo chino. Las razones de esta política son diversas: desde la ampliación de la ZEE para

reivindicar zonas ricas en recursos (hidrocarburos y bancos de pesca) hasta el establecimiento de bases militares avanzadas como parte de la estrategia de A2/AD china.

Ahora bien, ¿por qué esta situación puede ser problemática para China, más allá de lo apuntado en el caso de la presión ejercida por los Estados Unidos? Porque en Japón ya se están preguntando qué pueden hacer (por sí solos) para pararle los pies a China. Eso no implica que dejen de contar con el apoyo de Washington, pero sí son conscientes de que en un mundo que ha dejado de ser unipolar ese apoyo puede ser insuficiente.

No es algo nuevo. Hace veinte años, Mearsheimer ya planteaba como hipótesis verosímil que Japón llegue a dotarse de armas nucleares a tales efectos (Mearsheimer, 2001). Recientemente, otros analistas abundan en el mismo diagnóstico, aunque sin llegar tan lejos en la terapia: *...for the first time since 1945 it must ask itself a question that leads to a dark place: What does Japanese policy look like if Tokyo cannot rely on US security guarantees?* (Shapiro, 2017).

Por el momento, Japón ha aprendido la lección y está comenzando a actuar «al estilo chino». Así, mientras Pekín invierte fuertes sumas de dinero en Filipinas para de ese modo arrancar dicho archipiélago de la órbita estadounidense, Japón contraataca mediante el ofrecimiento de ayuda militar al Gobierno de Duterte. En Birmania podemos observar un tira y afloja similar. Tampoco podemos obviar el impulso dado por Tokio al Banco Asiático de Desarrollo, a la Agencia de Cooperación Internacional japonesa, o incluso a la Iniciativa Japonesa de Infraestructuras. Por no recordar su participación en el Diálogo de Seguridad Cuadrilateral, que ya hemos traído a colación en el caso de India.

Los conflictos internos

Quizá no sea estrictamente necesario acudir a los apóstoles del realismo neoclásico para poner este tema en la agenda. Pero ellos son quienes más y mejor han destacado que la fragmentación social interna suele impedir que los Estados que la sufren adopten las decisiones más adecuadas en función de sus cálculos racionales (Schweller, 2006).

En términos prácticos, es raro el caso de una gran potencia liberada de este tipo de hipotecas. Tradicionalmente, se ha dicho que una de las fortalezas de los Estados Unidos era precisamente esa: la ausencia de movimientos separatistas en su seno. China, en cambio, es más bien parte de la norma que de la excepción. De modo sumario, podemos destacar el conflicto del Tíbet y el de Sinkiang. Pero sin omitir las derivadas que pueda tener el de Hong-Kong e incluso el de Mongolia interior. O el enquistamiento de las «curiosas» relaciones con Taiwán. Todos ellos pueden ser aprovechados por alguna o algunas de

las demás grandes potencias, normalmente mediante estrategias en zona gris, sin necesidad de forzar un *casus belli*.

Hay que tener en cuenta que ante cualquiera de esos escenarios China perdería algo más que su orgullo nacional. El Tíbet es rico en minerales (cobre, hierro, zinc) y, sobre todo, en agua potable; Sinkiang ocupa un lugar preeminente en la logística de la Ruta de la Seda, además de contener reservas propias de petróleo y gas; Hong-Kong es uno de los puertos chinos ubicados en el *top-ten* mundial por volumen de TEU (el séptimo en la actualidad), mientras que Mongolia acoge los principales depósitos de tierras raras, niobio, circonio, berilio, además de gas natural.

Claro que los nacionalismos no son el único problema interno de China. Sus cifras macroeconómicas son espectaculares pero, como suele suceder en tantos y tantos regímenes vinculados al socialismo real, existen graves desigualdades internas (paradojas de la vida), tanto interterritoriales como interpersonales. La renta per cápita, que por definición no tiene en cuenta esas desigualdades, tampoco es muy egregia: tanto si se mide en términos absolutos como si se hace en paridad adquisitiva, está por debajo de la media mundial, al nivel de países como Botswana, Surinam o Bosnia-Herzegovina (Qian, 2021).

Existen muchos modos de superar esa situación, incluyendo la potenciación (más todavía) de su complejo militar-industrial-espacial. Por supuesto. Pero no es un buen dato, en el sentido de que el Gobierno chino tiene que estar preocupado por cualquier deterioro adicional de la capacidad de consumo de sus gentes. Schweller diría que se trata de una vulnerabilidad adicional en tanto en cuanto puede generar una mayor fragmentación social, superpuesta a la de corte étnico.

Conclusiones

China tiene un problema grave de base que trata de resolver a marchas forzadas: con la excepción de algunas tierras raras y como regla general, carece de los recursos naturales y de las materias primas necesarias para seguir con su ritmo de crecimiento, atendiendo a las crecientes apetencias de 1.400 millones de ciudadanos, muchos de ellos de clase media. Ello empuja a China al mundo exterior para poder adquirir esas materias primas y esas fuentes de energía, pero también para vender los productos manufacturados que financien esas compras. Lo cual, a su vez, la aboca a los mares, habida cuenta de que más del 80 por 100 del comercio mundial discurre por el líquido elemento.

Eso ya sucedió con otros imperios, pero la principal diferencia con el español, el británico y el estadounidense radica en que China no es una potencia marítima. En otros lugares he defendido que tiene algunos de sus atributos, y

que compensa algunas carencias geográficas con sus políticas públicas (Baqués, 2018b; Baqués, 2019). Esa circunstancia, así como su ubicación geográfica, la convierte en un ejemplo de potencia del Rimland. No está mal (al menos, tampoco es una potencia continental). Pero esa situación híbrida o, si se me permite el juego de palabras, «anfibia» genera servidumbres adicionales para China, servidumbres que están en la base de sus dilemas geopolíticos y, en última instancia, estratégicos.

Los detalles respecto al particular ya han sido expuestos a lo largo del artículo. Más allá de los mismos, el gran problema para China no surge de enfrentar un conflicto con alguno de sus varios rivales geopolíticos, sino más bien de las sinergias que pueden generarse entre varios de ellos, o incluso entre todos ellos, en el marco de la aplicación de las reglas más elementales de la teoría de sistemas.

El discurso del «ascenso pacífico», el de la relación «sur-sur» o el de la «no injerencia en los asuntos internos» de otros Estados han sido claves para facilitar el auge chino, a modo de *soft-power* de una potencia que tampoco podía ofrecer otros estándares. Eso ha contribuido a que durante décadas China haya acrecentado su poder sin levantar demasiadas sospechas.

Sin embargo, varias décadas después de iniciado ese camino, el poder acumulado por China es demasiado grande como para no levantar suspicacias entre el Estado que puede ser desbancado de su anterior preeminencia (Estados Unidos), así como entre sus vecinos de mayor peso (Rusia, India y Japón) y sus principales aliados (Australia, Corea del Sur).

La apertura china a los océanos puede ser bloqueada por algunas de esas potencias, máxime si la inequívoca postura de Washington al respecto no es contestada o hasta es apoyada por las demás grandes potencias marítimas. La implicación de Japón parece la más clara, aunque las tensiones entre India y China auguran, como mínimo, que en caso de conflicto abierto la postura de Nueva Delhi obligaría al Gobierno de Pekín a mantener una parte relevante de sus fuerzas aeronavales en el mar de la China Meridional para impedir que India contribuya al bloqueo del estrecho de Malaca proyectando su poder desde el golfo de Bengala.

Todo lo cual dejaría el futuro chino en manos de Rusia, tanto en lo que concierne a una futurible apertura del Ártico como en lo que respecta a la garantía del suministro de hidrocarburos por Siberia. Pero las buenas relaciones tradicionales entre India y Rusia, unidas a las suspicacias de la elite rusa hacia los líderes chinos, auguran que esa apuesta dista de ser evidente.

En los próximos años China sufrirá el síndrome de todas las grandes potencias en el momento en el que tratan de acceder a un estatus hegemónico: las potencias que vayan quedándose atrás tenderán a aliarse para impedir la consumación de esa expectativa, con independencia de cuáles sean las ideologías que rijan la actuación de sus respectivos gobiernos.

A decir de Kenneth Waltz, se trata de una suerte de ley de la gravedad de las relaciones internacionales (Waltz, 1979). Poco se puede hacer contra tal cosa, salvo: a) generar una red de aliados a través del *bandwagoning*, o b) como diría Stephen Walt, procurar que surjan (o se mantengan) inquinas lo suficientemente graves entre esos potenciales balanceadores como para que alguno de ellos entienda que más le vale la sumisión al nuevo leviatán asiático que tener que soportar las amenazas de otros balanceadores potenciales. Esas son las principales opciones para los próximos 20 años, una vez que China haga realidad el significado de su nombre, de manera que el Imperio vuelva a ser el (epi-) centro del sistema político mundial.

BIBLIOGRAFÍA

- ANOOP, A. J. (2011): «China-Naxalite linkages: Gauging its dimensions», Vivekananda International Foundation, en
- BAQUÉS, Josep (2018a): *Análisis de tendencias geopolíticas a escala global*. Madrid: Documento de Investigación 18/2017 del IIEE.
- (2018b): «Las lecciones fundamentales de la obra de Mahan: del determinismo geográfico al espíritu comercial». *Revista del IIEE*, n.º 11, pp. 107-130.
- (2019): «El mar como catalizador de la geopolítica. De Mahan al auge chino». *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, 5 (1), pp. 119-139.
- (2021): «Una pequeña lección (aplicada) de relaciones internacionales: vaivenes de la relación chino-rusa en función de tres corrientes (diferentes) del realismo», en
- DUGUIN, Alexander (2016): «Proyecto Eurasia: teoría y praxis». Hipérbola Janus.
- GUANGQIAN, Peng; YOUZHI, Yao (2005): *The Science of military strategy*. Beijing: Military Science Publishing House.
- MACKINDER, Halford (1904): «The Geographical Pivot of History». *The Geographical Journal*, vol. XXIII, n.º 4, pp. 421-444.
- MAHAN, Alfred T. (2007 [1890]): *La influencia del poder naval en la historia*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- MEARSHEIMER, John (2001): *The Tragedy of Great Power Politics*. London & New York: Norton.
- NICHOLL, Helen, y SPYKMAN, Nicholas (1994): *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt.
- PANDITA, Rahul (2011): *Hello, Bastard. The Untold Story of India's Maoist Movement*. Chennai: Westland Books.
- PETERSEN, Jan (2021): «El Nuevo Concepto Estratégico de la OTAN visto por los parlamentarios», en *Revista de la OTAN*.
- QIAN, Nancy (2021): «The Two Sides of Chinese GDP», en Project Syndicate.
- SCHWELLER, Randall (2006): *Unanswered Threats*. Princeton University Press.
- SETAS, Carlos (2012): «Los conflictos de Baluchistán». *Documento Marco 18/2012 del IIEE*.
- SHAPIRO, Jacob (2017): «The Coming Conflict between China and Japan», en *Geopolitical Futures Weekly* (diciembre).
- SINGH, R. S. N. (2010): «Maoists: China's Proxy Soldiers», en *Indian Defence Review*, vol. 25, n.º 3.
- SOTO, Augusto (2005): «Entre coyuntura y proyección: China, la UE y el espacio intermedio en Eurasia», en RÍOS, Xulio (de): *Política Exterior de China*. Barcelona: Bellaterra, pp. 125-144.
- THOMAS-NOONE, Brendan (2018): «India's rivalry with China, from the mountains to the sea». Sydney: Lowy Institute.
- WALT, Stephen (1987): *The Origins of Alliances*. Cornell University Press.
- WALTZ, Kenneth (1979): *Theory of International Politics*. Addison-Wesley Publishing.